



Comisión 1

Tecnicatura en Comunicación Pública y Política

Índice

- 1.Sin voz. Ángela Argañaraz
2. La incertidumbre. Juan Martín Borrego
3. El desarraigo.Susana De Luca
4. Detrás de la gran puerta. Mariano Issaly
5. El miedo y la muerte. Kevin Lynch
6. Frío lento.Julián Zurita

Sin voz

Ángela Argañaraz

Era una mañana muy claurosa pero ventosa. Y como todas, asisití a la escuela, todo muy monótono: sentarse, escuchar, escribir, hacer deberes y reír un poco con amigos y amigas. Ese día me retiré antes del establecimiento, pues por la tarde tenía planes con mi madre.

Al llegar la hora, emprendí viaje con mi madre hasta la estación de trenes, debíamos tomar uno que nos dejara cerca de nuestro destino. Esperamos casi media hora, pagamos nuestros boletos y subimos. Estaba tan abarrotado de gente que quedamos separadas a tres personas de distancia. Mi madre miraba por la ventana las vías del tren y yo, el pasillo.

Pasaron 10 minutos y, de pronto, sentí que algome tironeaba hacia atrás, pero no era algo, era alguien. Creí que quería permiso para llegar a otro vagón pero continuó tirando de mí. El pánico me consumió. Alguien me alejaba del lugar en el que estaba y no sabía por qué. Comencé a moverme pero no podía liberarme de esa fuerza entonces grité pidiendo ayuda. Mi voz no se oía, no podía hablar, no podía emitir sonido alguno con mi garganta, todo a mi alrededor se volvió oscuro y sólo veía a mi madre que estaba tranquila mirando por la ventanilla, ajena a mi situación.

Seguía forcejeando con aquella persona sin rostro que estaba detrás pero ejercía mucha fuerza sobre mí, demasiada, hasta que caí y continuó llevándome a rastras pasando vagones. Yo quería que me oyeran, que algún pasajero me ayudase y me sacara de esa pesadilla pero no tenía voz y nadie era consciente de lo que sucedía. La rabia por no recibir ayuda y el miedo me inundaron y el rostro se me llenó de lágrimas. No podía hacer nada, nada, sólo tener miedo y llorar.

Desperté de golpe. No sabía dónde me encontraba hasta que un estrepitoso ruido hizo que volviera en mí: era la alarma que marcaba las 7 en punto de la mañana, llegaba tarde a la escuela.

La incertidumbre

Juan Martín Borrego

Era solamente una carpeta. Más que una carpeta parecía un cuadernito. La tapa estaba hecha con una hoja un poco más gruesa que las anteriores, como si fuera la más importante. Además la tapa es full color, como dicen los diseñadores de la imprenta. Lo importante de la tapa es ese rectángulo calado, esa ventana que diferencia esa carpeta o cuadernito del resto de las carpetas o cuadernitos que descansan detrás del mostrador.

Por esa ventana asoman dos nombres: el mío y el de mi doctor. El cuadernito, una vez en mis manos, no es lo que esperaba. Es mucho más liviano, como si ese tipo de sentencias tuviesen que tener un peso por definición. Como si eso, por un segundo, le restara importancia al drama que había ido construyendo desde aquella primera visita al laboratorio.

El peso dejó de tener importancia ni bien abrí por primera vez el cuadernito. Lo que ahora me cortaba la respiración era la cantidad de hojas. Algo seguro estaba mal: la sucesión de letras, números y símbolos, ordenados en columnas, parecían no tener fin. El pasar de hoja era el desafío, la amenaza latente.

Parado en la esquina, tomando distancia pero no tanto como para volver a cualquier duda, me sumergía nuevamente en el cuadernito para ojear las líneas tipeadas en computadora por algún estudiante de biotecnología precarizado.

Cuando ya terminé la tercera lectura, la parálisis con la que había tenido que luchar durante las cuatro cuerdas que separan mi casa del laboratorio había desaparecido. Aún sin entender del todo lo que decía, construyendo subjetivamente la certeza de “estoy bien, no tengo nada”, empecé a abandonar la zona en la cual la posibilidad de volver a preguntar algo se clausuraba.

Alejándome de aquella pila de cuadernitos empiezo a acercarme a nuevo round, donde la paranoia a “tener algo” se inaugura nuevamente, como si la posibilidad de estar bien, sano, se fundara en un efímero momento que muere para dar lugar otra vez a la incertidumbre y la agonía.

El desarraigo

Susana De Luca

Una mañana soleada de cálida brisa veraniega, en 1980, en un calmado paisaje verde de elevadas colinas y pronunciados valles, allí vivía yo con mi abuela

Emilia Correa, en el departamento guaraní de San Vicente, provincia de Misiones. Un día llegaron unos vecinos nuevos que provenían del viejo mundo acompañados de algunos funcionarios que traían un proyecto para mejorar las rutas rocosas del soberbio San Vicente. Necesitaban la firma de conformidad de cada familia para comenzar a evacuar la zona y a trasladar a las familias a la localidad de Garuhapé. Se iban a dinamitar las chacras para obtener el canto rodado explotando las zonas rocosas.

Comenzó una travesía que a los niños nos alegró mucho y nos produjo entusiasmo, expectativas y curiosidad por el nuevo lugar donde iríamos a vivir; una mejor chacra para cultivar y tal vez una escuela más cerca, porque allí en el Soberbio caminábamos del kilómetro 18 al 25 para asistir a clase.

Una mañana muy temprano emprendimos el viaje de desarraigo, la caravana en fila india parecía un tren de camiones, que iban cerro arriba, cerro abajo, curvas pronunciadas y un maravilloso paisaje de valles y plantaciones como también inmensos bosques de pinos que se erguían a uno y otro lado de la ruta para saludarnos. Los camiones iban en carabanas y pasamos precipicios, donde al mirar hacia abajo se perdía la visión en la profundidad.

Llegamos a una casa a orillas de la ruta, que tenía plantaciones de frutales. Tenía tanta hambre que bajé de un salto del camión y comencé a comer una fruta del árbol de la esquina, era color naranja, pequeña como una uva, deliciosa, que me dejó en el paladar un dejo a miel de eucaliptos. Me adormecí y cuando desperté me encontraba en una inmensa oscuridad. Veía dos puntos rojos brillantes que se movían y se me acercaban, y pude percibir que era sultán, el perro guardian, que se acercó a mí y me lamió la cara; luego vino mi abuela, me abrazó con mucha alegría y exclamó: “por fin despertaste hijita! Hace 16 horas que estás durmiendo”.

Detrás de la gran puerta

Mariano Issaly

Virginia, dulce quinceañera pero a la vez muy valiente, y el fantasma atraviesan la puerta en la piedra tomados de la mano. Caminan durante unos minutos sobre una especie de prado. El olor a jazmines y rosas invade sus narices. De pronto se

detienen bajo un frondoso árbol de hojas verdes, se miran durante un instante sin emitir palabra; el fantasma acaricia su rostro, la adolescente sonríe. En ese momento, comienza a besarla, ella se deja llevar y lo abraza.  l empieza a acariciar sus rizos dorados, luego su espalda y llega a la cola. La sostiene contra su cuerpo mientras la sigue besando. La doncella agita su respiraci3n y acaricia la espada del señor Sim3n.  l le quita lentamente el vestido y la recuesta sobre el suave c3sped, tan suave que parece algod3n.  l recorre con la lengua su cuello, luego los pechos, el abdomen, hasta llegar a su vagina.

En ese instante, la bella y humedecida Virginia empieza a gemir y a realizar diferentes gestos de placer con su cara mientras toma de la cabeza al fantasma. Al cabo de unos minutos, el fantasma se acuesta y hace que la adolescente repita en él el acto que había hecho sobre su humanidad. Ella, temerosa pero a la vez excitada, lo repite hasta llegar a su miembro erecto. Lo succiona unos minutos hasta que él la toma de sus axilas y la recuesta en esa alfombra verde, se apoya lentamente sobre su cuerpo e introduce su miembro en su casta y estrecha vagina.

Ella, entre sensaciones de dolor y placer al mismo tiempo, comienza a disfrutarlo. Realizan el acto amoroso durante una hora. Luego de que ella disfrutara de varios orgasmos, él deja escapar dentro de ella su viejo y estéril espermatozoide.

El miedo y la muerte

Kevin Lynch

Suele relacionarse al miedo con la muerte de manera inevitable. C3mo no pensar en la muerte cuando nos preguntamos acerca de nuestro temor más absoluto.  Alg3n Dios existe?  Nos morimos y ya est ?  C3mo nos despedirán nuestros seres queridos?  Habr  sido útil para algo mi recorrido en esta vida?  Hay otras vidas? Son preguntas que nos hacemos cuando pensamos en el fin o mejor dicho en el punto final de nuestras vidas. Si bien yo comparto ese miedo y lo considero uno de los más grandes que enfrento y enfrentar  por los días que me queden, hay otro miedo, otra pregunta e intuici3n que me angustian y sobre todo inquietan cada vez que lo pienso.  Qu  pasar  cuando, para determinado sector social privilegiado, deje de existir la posibilidad de morir?

Avances científicos son reproducidos a diario por los medios de comunicación, el progreso de la medicina es evidente, enfermedades que antes nos podrían haber matado en cuestión de horas hoy pueden ser curadas o por lo menos paralizadas por el resto de una vida “promedio”. Ante esta evolución científica, aunque claramente mediada por los intereses de los grandes grupos económicos que manejan la industria de la salud, no es descabellado pensar que algún día la muerte deje de existir o, peor aún, por lo menos para algunos. Entre tanta angustia que me genera pensar esto, me deja tranquilo saber que los mecanismos que surjan para eternizar la vida serían únicamente para elite enriquecida, por lo que podría considerarme fuera de la posibilidad aberrante de volverme “inmortal”. Pero ¿si alguna persona decide regalarme esa eternidad? ¿Si una empresa de la salud me selecciona para hacer una prueba de un trasplante de cerebro a un cuerpo robótico?

El miedo radica en pensar que aceptaría la posibilidad de eternizar mi vida, totalmente decidido por querer eliminar el temor más grande: la muerte. Imaginarse aceptar esa tentación y luego formar parte de esa gran minoría privilegiada mientras una gran mayoría muere da escalofríos. Quizás mi miedo sea exagerado y la posibilidad de enfrentarme a esa decisión tan dicotómica aun más, pero lo cierto es que la medicina avanza, al igual que la desigualdad y la exclusión. ¿No es un hecho la cantidad de familias sin acceso a un trabajo y obra social digna? ¿No es una realidad ya existente la de millones de familias excluidas de un sistema de salud con tendencia cada vez más privatista, que persigue el afán de lucro? ¿Los mecanismos de exclusión y desigualdad pueden reforzarse aún más?

Frío lento

Julián Zurita

Navegaba solo bajo el frío de aquel crudo invierno, no porque era amante de la soledad sino porque en la pesca se necesita silencio. Éramos la laguna helada y yo. Solía irme todos los inviernos a pescar, más que por deporte para desconectarme de la rutina y la cotidianeidad. Pero ese día iba a ser diferente. Ya estaba embarcado y pescando hacía poco más de dos horas. Todo parecía normal

y tranquilo. Obviamente tenía frío, sensación difícil de explicar perdés movilidad, comenás a temblar, la sensibilidad de tus dedos desaparece, y lo que más deseás es algo caliente.

De repente sopló un viento feroz, de esos que te empujan. Sabía que corría riesgo, entonces intenté volver a la orilla, pero se me hacía imposible. Decidí levantar el ancla para que el viento me lleve hacia la orilla, este era tan fuerte que dio vuelta el bote y caí al agua helada. Comenzó a perturbarme la idea de no poder escapar de la situación, rogaba estar soñando, lamentablemente no lo estaba.

Creo que la incertidumbre de saber cómo vamos a morir la tenemos todos los mortales. En ese momento sabía que iba a morir congelado. Ese tema estaba cerrado. Morir congelado debe ser una de las peores maneras de morir. El frío deja de ser una sensación, ocurre un cambio y no es superficial, tampoco es dolor, es otra cosa rara. Sentirse inmóvil pero consciente, congelarse no solo por fuera sino por dentro y, lo peor de todo, lentamente.

Pensaba en mi familia, y a pesar de no ser creyente rogaba a Dios que me sacara de ahí. Aferrarse a la vida es lo último que queda. Para mi desgracia, ni Dios ni nadie me sacó de esa terrible situación. Quedé petrificado, hecho estatua y hoy soy parte de ese cuerpo e agua.

Todo vuelve, dicen. Alteraba el ecosistema y el ecosistema me tragó.